La dominicanidad desde abajo

Teresa Cañedo-Argüelles



MONOGRAFÍAS
HUMANIDADES 27

UAH

La dominicanidad desde abajo

UAH MONOGRAFÍAS
HUMANIDADES 27

La dominicanidad desde abajo

Teresa Cañedo-Argüelles

Universidad de Alcalá
SERVICIO DE PUBLICACIONES

El contenido de este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© Universidad de Alcalá, 2008
Servicio de Publicaciones
Plaza de San Diego, s/n
28801 Alcalá de Henares
www.uah.es

I.S.B.N.: 978-84-8138-801-5
Depósito legal: M-58460-2008

Composición: Solana e Hijos, A. G., S.A.
Impresión y encuadernación: Solana e Hijos, A.G., S.A.
Impreso en España

Para Ángela y Nour
mis dos princesas,
que asoman a la vida
desafiando las fronteras que las diferencian
y desbordando así, hacia su interior,
los inconmensurables límites de la belleza

ÍNDICE

Preámbulo 11
I. Introducción. La germinación identitaria 15
II. La dominicanidad desde arriba 25
III. Raíces afrodescendientes 55
IV. Fracturas, diáspora y dialogo intercultural 118
Bibliografía 149

PREÁMBULO

La República Dominicana es producto de un secular proceso de mestizaje donde la africanidad y el hispanismo han jugado un papel protagónico. La rivalidad con Haití, país de población mayoritariamente negra, ha provocado un firme rechazo hacia la negritud, generándose dentro del cuerpo nacional una doble fractura política y etnocultural la cual involucra otras cuestiones de índole social, económica y jurídica. La base conceptual de esta múltiple fractura se asienta históricamente en el pensamiento de sectores conservadores y ultra-nacionalistas cuya defensa de la *blancura*, como indicador somático y cultural del pueblo dominicano, ha contribuido a construir un discurso identitario hegemónico y excluyente cuya poderosa impronta ejerce todavía gran influencia en el imaginario colectivo nacional. Este discurso, que pone en riesgo la cohesión del cuerpo social, ha contado por supuesto con la réplica de grupos intelectuales dominicanos de signo liberal que han sustentado y defendido el carácter pluri-étnico de la nación dominicana y la centralidad del mulatismo dentro del espectro cultural de la nación.

Desde hace varias décadas estas voces dialogantes cuentan con el apoyo de un raciocinio constitucional que aboga por el respeto a las diferencias, y también con el ideario de organismos internacionales comprometidos con la defensa de los derechos humanos allá donde éstos se hallan cuestionados. Así, en las agendas de todas estas entidades –entre ellas el propio Estado dominicano y la UNESCO– destaca el empeño por hacer mas visibles y valorables los hechos diferenciales que definen a los grupos considerados como minoritarios desde el punto de vista de su participación y reconocimiento en el escenario cultural de la nación.

Es cierto que estas propuestas e iniciativas a veces no pasan de la teoría retórica quedándose en la inacción, sobre todo cuando existen intereses económicos creados y compromisos políticos pactados que les restan operatividad, las dificultan o simplemente las impiden. En este contexto, las nuevas propuestas no «oficiales» que emergen ahora desde la ciudadanía en favor de la equidad y de la cohesión social, adquieren gran importancia ya que actúan como propulsoras de aquellas otras, aportando al debate público talantes de tolerancia, de diálogo cultural y de reconocimiento de diferencias. Como cabía de esperar, estas actitudes han generado en la opinión pública una dura confrontación, la cual no hace sino poner de manifiesto la fractura que subyace en el tejido social y etno cultural de la nación y cuyo restañamiento se impone como condición necesaria para que el Estado dominicano fortalezca su institucionalidad y se recupere con ello la operatividad nacional y la credibilidad a nivel internacional.

Dada la complejidad de un estudio en el que se combinan diferentes niveles de análisis –desde el discursivo-monumento hasta el práctico-movimiento– también los procedimientos de trabajo han debido armonizar fuentes y recursos propios de la Historia y de la Antropología, lo que otorga a esta obra un marcado carácter inter disciplinar. Al material bibliográfico-documental se han sumado fuentes mediáticas formadas por foros de opinión digital en los que participan ciudadanos dominicanos que viven dentro o fuera del país y cuyas voces anónimas está adquiriendo un notable protagonismo en el discurso nacional. Por último se han utilizado los testimonios de informantes recabados mediante trabajos etnográficos en cinco temporadas de campo (entre 2004 y 2007), siendo los principales escenarios las comunidades de Matalosindios y Palavé, así como los pueblos de Vicente Noble, Neyba, Barahona y San Juan de la Maguana.

***

Los análisis sobre las cuestiones que aquí se tratan, tuvieron un fecundo marco de reflexión y discusión en el Instituto de Estudios Panibéricos (ISDIBER). Sus miembros, seriamente comprometidos con la realidad de Iberoamérica pensada desde diferentes ángulos, académico, diplomático, jurídico y estratégico, enriquecieron mis percepciones y me inspiraron confianza y aliento para decidirme a hacer públicas estas páginas.

El Centro de Estudios de América Latina y de Cooperación Internacional de la Fundación Carolina, así como la Universidad de Alcalá, dentro de su Programa de Ayudas a Estancias para Proyectos de Investigación, ofrecieron su auspicio académico y financiero.

Esta tarea no la emprendí en solitario. Roberto Cassá, desde la dirección del Archivo General de la Nación de Santo Domingo, me proporcionó su caudal de conocimientos, la orientación precisa y los medios académicos necesarios para abrirme camino por el Suroeste fronterizo. Mis amigos Charles Frantz Flambert y Geneviève A. Douyon, me ofrecieron su hospitalidad y sus experiencias sobre la problemática dominico-haitiana, siendo inestimable su ayuda tanto en la interlocución como en el acopio del material de prensa que iba produciéndose al hilo de los polémicos debates que la cuestión haitiana iba generando en los foros digitales de opinión pública. Aquiles Castro y Ana Féliz, fueron algunos de los avezados alumnos con los que tuve la suerte de trabajar durante el curso de Maestría que la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) me encomendó en Diciembre de 2005. A ellos, seriamente comprometidos con la dominicanidad, debo el necesario manejo de algunas claves para aprender a entenderla, y también su ayuda para iniciar los contactos en las comunidades rurales menos accesibles.

Guillermo Albaladejo, recién egresado entonces de la Universidad de Glasgow, aceptó el reto de acompañarme durante mi primer viaje por el Suroeste y aportó su agudeza observadora e interpretativa sobre el espacio fronterizo dominico-haitiano, principal escenario y punto de partida de este trabajo.

Y ¡qué decir de mis informantes! Las personas que me prestaron su tiempo, me abrieron sus casas y me franquearon sus corazones y conciencias con ese desprendimiento que tan cabalmente define al dominicano de bien. Sixto Minier (†), Bienvenido Brazoban, Dora Lozano, Rafael Lluberes, Doris Araujo, Leminisse Darome, Edwin Paraison, Leopoldo Figuereo, Yudelka Matos, Cristino Terrero, Milagros Vázquez, Marta Pineda, Felipe Nova, Julio Féliz, Manuel Rubio, César Matos, Reylin Rosado, Ángel Erasme, Luis Amaury... son solo algunos de ellos.

Mi agradecimiento sincero a todas estas personas e instituciones.

I. INTRODUCCIÓN.
LA GERMINACIÓN IDENTITARIA

Cuando un viajero desciende del avión y entra en el edificio del aeropuerto de «Las Américas», en Santo Domingo, lo primero que lee en sus paredes es esta frase del poeta nacional Pedro Mir: *La República Dominicana es frutal, fluvial, material*. Son calificativos que definen el aspecto físico de un país cuyo suelo pisaba yo por primera vez en Septiembre de 2005, con la intención de poner en marcha un proyecto de investigación basado en esencias identitarias. Compleja tarea que no daba tregua al tiempo ni a las oportunidades. Así que en el taxi que me conducía por el malecón camino de mi hotel, mientras me recreaba en la espléndida visión de un mar turquesa que se extendía inmenso por el horizonte de mi lado izquierdo, traté de buscarle un significado interno a aquellas palabras escritas en punto tan estratégico. El país definido por Pedro Mir como *frutal, fluvial, material...* ¿lo sería quizás porque contenía a un pueblo que *fructificaba* con dinamismo, que *fluía* con espíritu comunicativo y que *se materializaba* en esforzados empeños?

Sin duda estaba al inicio de un largo y complejo derrotero que sería tanto mas llevadero cuanto aquellas azarosas interpretaciones que hice mientras contemplaba por primera vez el océano caribeño, resultarían estar plenamente ajustadas a la realidad que me tocó vivir durante mis viajes por el país. Fue para mi una fortuna que la cortesía y la hospitalidad, tanto en la ruralía como en la ciudad, presidieran el talante de cuantos dominicanos se cruzaron en mi camino, franqueándome la entrada de sus pensamientos y haciendo posible reunir un amplio repertorio de opiniones y juicios sobre lo que ellos consideraban que era su identidad. Con estos y otros testimonios extraídos del material de prensa, pude comenzar a tejer el cañamazo de este ensayo. Eh aquí una pequeña muestra de aquella compilación: